

NICARAGUA ANTE LA CONFERENCIA

A mi buen amigo don Luis Cárdenas

¿Cuál será la terminación de la Conferencia Panamericana reunida en la Habana? Nos toca esperar la última palabra de los delegados indoamericanos, donde deseamos quede bien cimentado el verdadero nacionalismo, que resplandezca con la más grande claridad la aurora que anuncie el advenimiento de un nuevo día para todos estos pequeños países que tan vilmente son atropellados y expoliados por la codicia yanqui.

Se les presenta una buena oportunidad para desenmascarar esa política bastarda que emplean los Estados Unidos para atrapar las rentas y control absoluto de los países de América Latina; en unos países emplean a los agentes consulares y el dinero invertido para formar presión y hacer lo que les viene en ganas, y en otros, se precipitan con bayonetas, cañones, aeroplanos y bombas con que destruyen a los que sienten ese fuego sagrado de nacionalismo; a los que sienten el espíritu indomable de nuestros aborígenes, y ya veremos si se trata ese punto que parece uno de los principales.

Se repite de nuevo el 56 que resultó un gran triunfo para todo Centro América,

pero, en este tiempo ya no existen aquellos brillantes astros, quienes respondían con orgullo, aunque modestos, a los nombres de JUAN RAFAEL MORA, MAXIMO JEREZ, etc., y, todos aquellos que se aprestaron a sacar al bucanero del Norte; miles sacrificios y un sinnúmero de penalidades sufrieron, pero la «soberanía» y el decoro de la América Central lo reclamaba así, y lucharon hasta vencer.

La civilización ha avanzado y el nacionalismo va decayendo en un marasmo sacrilego. Se acabaron aquellos grandes hombres y ahora que la diplomacia convencionalista que degenera en servilismo del poderoso, en el corazón de nuestra raza deben levantarse jóvenes a lo Bolívar, San Martín, Mora, Jerez y otros que, con acerado carácter no lleguen a doblegarse mansamente ante el conquistador.

Ya se levantó un nuevo paladín en las abruptas montañas de Nueva Segovia; allí tenemos un nuevo y pequeño David, desafiando al coloso; sin ver su pequeñez está dispuesto a triunfar o morir. Al igual que como llegaron los ejércitos aliados a sacar al filibustero Walker, en el «Monumento Nacional» y lo redujeron a la

plaza de Rivas, donde apareció otro héroe: Juan Santamaría. Hoy como en aquella memorable fecha, combate un puñado de hombres heroicos contra el invasor yanqui que está asesinando a esa falange de hombres que defienden el decoro de la América Latina, quien se ha cruzado de brazos, como simple espectador, sin importarle que mañana irán cayendo una a una las otras repúblicas, como les ha pasado a Cuba, Haití, Santo Domingo y sucesivamente a Nicaragua; siguen al pie de la letra lo que dijo Walker en su historia: «No deben abandonar esta empresa».

Estos países, con su indiferencia, permiten que se desarrollen enormemente los tentáculos del pulpo de Wall Street, para que acaben con el resto de vida libre y autónoma de Latinoamérica.

Los nobles estudiantes y valerosos periodistas han levantado su voz de protesta porque tienen una mejor visión de lo porvenir, pero esa virilidad ha sido decaída por la indiferencia de los Gobiernos servidores de los banqueros yankees. Gobiernos que no permiten se combatan con honor y lealtad al imperialismo sajón y las manifestaciones públicas las mandan disolver con la po-

licia. La Libertad existe solamente escrita en la Carta Fundamental de cada República; con esas prácticas se envilece a los que con gesto digno se levantan a combatir lo que en justicia no debe permitir el soberano pueblo, pero aún con dolor decimos: son contenidos y no pueden adelantarse un paso más.

En la historia de cada uno de estos países debe dejarse una página toda en negro, y luego analizarla, para que la juventud comprenda la criminal obra que han hecho los Estados Unidos, que no se paran en pelillos para destruir la Soberanía de la República que ellos quieren atrapar, como pasa en Nicaragua; que no solamente matan cobardemente a los rebeldes, como ellos dicen, sino a indefensos campesinos, y de eso no dicen nada y que trabajan en consorcio con las tristes y degeneradas figuras de Díaz y Chamorro que, vieron la ley en un momento de aborto que tuvo la Naturaleza, macabras figuras que ya debían haber desaparecido del escenario de los vivos, pero que aun existen para deshonra de nuestra América.

ENCARNACIÓN ORTIZ

San José, 23 de enero de 1928.

La desconfianza al obrero.—Los esbirros del taller.—La palabra PATRIA

Ven, maldito burgués, que eres indigno de vivir... ven para decirte dos verdades. No me mires de arriba a abajo tratando de averiguar si soy honrado, cuanto que sabes que soy obrero y todos los obreros te inspiramos desconfianza porque vestimos de camisas rotas y pantalón manchado. En qué te fundas para creer que los harapos no pueden cubrir nunca a un hombre honrado? Es que el traje y el lujo indican honradez y conciencia pura? ¡Oh, burgués miserable y testarudo, lo que tú mereces es que alguien te reviente la cara con los puños! Entonces comprenderás esta lección talvez.

Tú no habrás de creer nunca que la clase oprimida grita y se queja a diario precisamente porque tiene respeto a lo ajeno y únicamente unos pocos perezosos se ocupan de robar, no lo habrás de creer; tampoco ha-

brás de creer que en la clase alta hay grandes ladrones, usurpadores y estafadores. Tu argumento? Y cuál es tu argumento? Que la necesidad incita al robo y que la miseria es la que produce el merodeo? No siempre sucede así; entonces llegaría una turba muy grande de necesitados y saquearían tu despensa y se repartirían tus caudales, como tendrían derecho a hacerlo, pero los detiene su propia honradez y su conciencia, su debilidad de carácter y su espíritu carente de doctrinas libertarias.

Eres un animal embrutecido con dudar del obrero, solo porque no viste como tú, ni tiene solvencia alguna. Por eso es que tú vives en la más vergonzosa holgura y comodidad porque nosotros los necesitados respetamos lo tuyo y sabemos que te ampara la ley y unos cuantos serviles, entre los que tienes esbirros y chis-

mosos. Te burlas del dolor y aún del dolor y la actitud de tus espías, porque tienes tal desconfianza en tus peones u operarios que pones siempre un traidor que los controle, que los agote, que te enriquezca más con las fuerzas de sus propios hermanos. A estos espías debería nuestra clase arrancarles de un tirón su lengua voraz y pestilente.

Tú eres un egoísta y un ególatra: te imaginas poderoso cuando no eres sino un explotador, un pímeo, un parásito humano inútil y asqueroso. Y así nos hablas de patria y de derechos? Sí, patria llamas tú las fincas que ilícitamente y robando fuerzas has obtenido, ¿qué patria tendríamos los que no poseemos media vara de terreno en qué estar siquiera de pie? Para tí, la patria son tus propiedades, para los otros la libertad, el deber, la paz. Has de saber tú

que tienes la conciencia negra, más negra que un cuervo, que también hay honradez y amor propio donde hay trajes harapientos y semblantes pálidos y enfermos. Sólo tú, mezquino burgués, que eres una fiera humana, imaginas que dentro de un fanteche vestido de frac hay siempre una conciencia sana y limpia y que—por el contrario—dentro de una camisa de manta y un pantalón mugriento se anida una conciencia impura, dudosa y malvada. Lo que mereces, por tu constante desconfianza que te inspiramos, es que unas manos fuertes, de esas que hacen sonar el martillo sobre el yunque, te retuerzan a puñetazos y te saquen el corazón para arrojarlo a los perros, que así que damás clara la ciudad, si la ciudad donde abundan tantos como tú, perversos y vividores, cubiertos con guantes, chisteras, alhajas y adornos.

El caminante gris